

JOHN STRACHEY Y EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO *

David Ibarra M.

El pensamiento socialista, desde sus inicios, se ha enfrentado a la tarea de integrar una explicación satisfactoria de la dinámica del sistema capitalista que sirva de antecedente obligado, de fundamento teórico, al mecanismo de cambio social postulado como meta inmediata de la actividad política.

Para John Strachey, socialista inglés, el movimiento y la evolución del capitalismo en los países occidentales de mayor desarrollo económico (Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, fundamentalmente), quedan determinados, en lo esencial, por la contradicción existente entre la concentración económica y la difusión del poder político. La importancia de esta tesis radica medularmente en que lleva aparejado un intento de renovación en el campo de la teoría y la política económicas, que subraya la necesidad de llevar adelante nuevas investigaciones sobre las condiciones reales en que se desenvuelve la sociedad occidental contemporánea, a fin de modificar las hipótesis de trabajo que se formularon en condiciones distintas, años atrás, y que, sin embargo, continúan utilizándose sin crítica alguna. En efecto, el marco económico que caracteriza "la última etapa del capitalismo" ha pasado de una situación de competencia libre más o menos bien establecida, a un sistema de grandes unidades económicas que, en reducido número, han formado oligopolios en todas las ramas de la producción. Así, pues, es muy improbable que la teoría económica ortodoxa o la marxista puedan integrar esquemas útiles si continúan trabajando con supuestos que, en la actualidad, están definitivamente divorciados de la realidad y que generalmente no toman en consideración los efectos del proceso de concentración económica que el profesor Strachey sintetiza como sigue:

- 1) Los oferentes y en algunas ocasiones los demandantes dejan de ser factores del mercado, sin influencia individual en el mismo, para pasar a fijar, dentro de ciertos límites, los precios y las utilidades.
- 2) El proceso de concentración monopólica no se extiende con uniformidad en el ámbito económico, sino que tiende a crear desigualdades estructurales internas y externas. Internas, por cuanto la industria de transformación sufre los efectos del proceso con mayor agudeza que la industria de los servicios y más aún que la agricultura y el trabajo; externas, porque

* John Strachey, *Contemporary capitalism*, Random House, Nueva York, 1956.

ha fortalecido y beneficiado a los países industrializados en perjuicio de los subdesarrollados.

- 3) El mercado va perdiendo estabilidad, que tiende a contrarrestarse con una creciente intervención estatal.
- 4) La forma en que se realiza la acumulación y se logran el progreso técnico, sufren también alteraciones fundamentales. En las primeras etapas del capitalismo, la abstención al consumo, el ahorro individual, formaban el grueso de la inversión. En la actualidad, el financiamiento del desarrollo económico se basa en la reinversión de utilidades de las grandes empresas.
- 5) La propiedad de las empresas ha quedado en gran medida divorciada de su administración directa.

Una vez que ha descrito los efectos de la concentración económica, Strachey trata de explicarlos en función de la teoría marxista, mas pronto se da cuenta de que ésta ya no es capaz de dar una respuesta cabal al problema, en virtud de no haber tomado en consideración ciertos elementos en juego. Su tesis, en este aspecto, podría resumirse de la siguiente manera: las primeras formulaciones de la teoría del valor-trabajo tuvieron que abandonarse al surgir, en el campo de la realidad y la práctica, nuevos fenómenos que venían a desvirtuarla. En efecto, la doctrina de Smith, que sostenía la igualdad entre valor del trabajo y la cantidad del mismo incorporada en la mercancía, dejó de funcionar tan pronto la producción y la competencia empezaron a perder su carácter individual. Cosa similar sucede a Ricardo, pues a pesar de haber explicado que las mercancías se intercambian en proporción al número de horas de trabajo socialmente necesario para producirlas y señalando también las anomalías de la distribución, no alcanza a incorporar, dentro de su teoría, el hecho real de que los coeficientes de intercambio resultaran modificados por la propensión hacia una nivelación general de las tasas de beneficio por unidad de capital invertido. Es Marx quien lleva a cabo el nuevo ajuste de la teoría al considerar la desviación del valor hacia los precios de producción y al indicar, de manera definitiva, que el tiempo de trabajo socialmente necesario es, a la larga, el factor predominante en la fijación de esas relaciones de intercambio. Sin embargo, la propia dinámica del sistema, que provoca el fortalecimiento de las instituciones democráticas, ha impuesto, en la actualidad, nuevas relaciones sociales que, por quedar fuera del esquema marxista, le han restado perspectiva y solidez.

La fuerza de trabajo considerada como mercancía escapa de hecho a los principios establecidos por la teoría del valor trabajo, toda vez que, de acuerdo con éstos, debiera venderse a un precio que fluctuara alrededor de su valor, o sea, en proporción más o menos cercana al nú-

mero de horas de trabajo social indispensable para producir los artículos de consumo que exija el sostenimiento y reproducción de los trabajadores, pero no sucede así, e históricamente es fácil demostrar que el ingreso de los obreros, lejos de haberse mantenido a un nivel de subsistencia como se desprendería del esquema de Marx, ha crecido de manera considerable gracias a la democratización creciente del poder político.

En apoyo de su aserto, el profesor Strachey se vale de estadísticas demostrativas de que el nivel de vida de los trabajadores, en los países de alto desarrollo industrial, se ha duplicado o triplicado en el período que va de la época en que escribió Marx a nuestros días (1955). En cuanto a la participación del trabajo en el ingreso nacional llega a las siguientes afirmaciones valederas para Inglaterra.¹

1. Hasta 1939 la participación de los trabajadores descendió del 50 % al 40 %, o sea que a pesar de la ampliación de los servicios sociales no se registró ningún aumento real en la redistribución del ingreso. Aproximadamente el 10 % de la población seguía recibiendo el 50 % del producto total.

2. A partir de 1939 esa participación se elevó hasta volver a su posición original (50 %). Además, la presión política ejercida por los grupos más numerosos de la población así como el acrecentamiento de la fuerza sindical, lograron que se realizara una transferencia del 10 % de los ingresos personales en favor de los trabajadores.

3. En resumen, afirma Strachey, Marx se equivocó al postular como ley irreversible del sistema capitalista la depauperización absoluta del trabajador. En cambio, la depauperización relativa, a la que Marx no se refirió, constituye una tendencia inherente a la evolución socio-económica de los países occidentales.

En este trabajo no podemos detenernos en un análisis detallado sobre la discusión en torno a la depauperización absoluta y los postulados marxistas. Sin embargo, conviene señalar que Marx sostuvo explícitamente que el valor de la fuerza de trabajo está influido por elementos históricos específicos que no afectan a las valorizaciones del resto de las mercancías: "Las necesidades naturales, el alimento, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc., varían con arreglo a las condiciones de clima y a las demás condiciones naturales de cada país. Además, el volumen de las llamadas necesidades naturales, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un producto histórico que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país y sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya

¹ Se utilizan cifras de Douglas Jay (*The Socialist Case*), de Colin Clark (*National Income and Outlay*), del *White Paper on National Income and Expenditure* y de Dudley Seers (*The Levelling of Incomes Since 1938*.)

formado la clase de los obreros libres. A diferencia de las otras mercancías, la valorización de la fuerza de trabajo encierra, pues, un elemento histórico moral.”²

Por lo tanto, resulta aventurado opinar, con apoyo en ciertos pasajes de la obra de Marx —muchos de los cuales tienen un claro contenido político y no forman parte esencial, en nuestra opinión, de su esquema teórico aunque sí de la táctica de lucha—, que éste haya sostenido, como ley inherente al capitalismo, la depauperización de los obreros en un sentido absoluto, pues eso, llevado al extremo, significaría que los trabajadores del principio al fin del capitalismo habrían de recibir el mismo salario expresado en cierta cantidad de satisfactores; conclusión claramente absurda que niega los principios del método histórico dialéctico de Marx.

Además, es posible señalar varios descuidos en la argumentación del profesor Strachey que resumimos arriba. En primer término, el incremento que observa en la participación de los trabajadores en el ingreso nacional después de 1939, obedece a que se incluyeron los sueldos del ejército, que ascendían, según sus propias cifras, al 14 % del propio ingreso en 1944, o sea que, eliminada esta partida, los trabajadores recibieron aproximadamente un 4 % menos que en 1939.

En segundo lugar, la transferencia del 10 % en favor de los trabajadores, se obtuvo de comparar porcentualmente los ingresos personales de 1938 y 1949, como sigue:

INGLATERRA. PARTICIPACIÓN DE LOS INGRESOS PERSONALES, DESPUÉS DE DEDUCIR LOS IMPUESTOS

(Precios de 1938, en porcientos)

	1938	1949
<i>Ingreso total del trabajo</i>	62	71
Salarios	37	47
Sueldos	23	21
Pagos al ejército	2	3
	100	100
Ingreso social	6	9
Ingresos varios	12	10
Ingresos derivados de la propiedad	20	10

Fuente: Dudley Seers, *Op. cit.*, p. 55. Reproducida por J. Strachey, p. 172.

Como es fácil observar, los ingresos personales no toman en consideración las ganancias no distribuidas de las empresas que, en 1949,

² *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 124. Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. en prensa.

como reconoce el mismo Strachey, se habían elevado considerablemente. De manera que la comparación también debe establecerse en números absolutos y teniendo siempre en cuenta el monto de las ganancias reinvertidas, pues de otro modo se pueden falsear sustancialmente las cifras.

Asimismo, es importante advertir que en las apreciaciones sobre este tema se deja deliberadamente fuera del análisis la contribución de los países coloniales y subdesarrollados en la elevación del nivel de vida de los trabajadores de los países capitalistas, por no considerarse fundamental y, quizá también, porque no constituye una fuerza democrática.

Por otra parte, el profesor Strachey, tomando como base datos y cifras estadísticas de Inglaterra, exclusivamente, generaliza sus conclusiones haciéndolas aplicables a todos los países que se encuentran en la "última etapa del capitalismo".

Finalmente, incurre en inexactitudes, como la de negar que Marx se hubiera referido al empobrecimiento relativo de los trabajadores (p. 157). Baste, para comprender el problema, recordar la siguiente cita: "...al elevarse la productividad del trabajo, puede ocurrir que la misma cantidad de artículos de primera necesidad consumidos por término medio en un día baje de tres a dos chelines, o que, en vez de seis horas de la jornada de trabajo, basten cuatro para reproducir el equivalente del valor de los artículos de primera necesidad consumidos en un día... En realidad disminuiría el valor del trabajo (fuerza de trabajo); pero este valor mermado dispondría de la misma cantidad de mercancías que antes. La ganancia subiría y, aunque el nivel de vida absoluto del obrero seguiría siendo el mismo, su salario *relativo*, y por tanto su *posición social relativa*, comparada con la del capitalista, habrían bajado. Oponiéndose a esta rebaja de su salario relativo, el obrero no haría más que luchar por obtener una parte de las fuerzas productivas incrementadas de su propio trabajo y mantener su antigua posición relativa en la escala social."

La segunda objeción que presenta Strachey a la reformulación marxista de la teoría del valor-trabajo consiste en considerar que si se utilizan como medida de valor unidades de trabajo social, no habría posibilidades de precisar los incrementos en la productividad del trabajo, toda vez que si se supone una población económicamente activa y un número de jornadas de trabajo determinadas, el total de horas de trabajo, medida del valor, siempre será el mismo. Se niega así la posibilidad de que una comunidad pueda enriquecerse por un camino distinto al de aumentar su población trabajadora o sus horas de trabajo. Por tanto, a

³ Carlos Marx, "Salario, precio y ganancia". *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1951, p. 405.

pesar de que el método marxista es útil para explicar las desigualdades sociales en la distribución del ingreso, la experiencia ha puesto de manifiesto, nos asegura el profesor Strachey, que el método estadístico resulta más ventajoso, pues además de ser idóneo para demostrar objetivamente la división del ingreso entre trabajadores y capitalistas, permite computar los incrementos o decrementos en la productividad social.

Las objeciones que pueden hacerse al razonamiento anterior saltan a la vista. "Para Marx, el valor es una categoría económica, y no una categoría física tangible. La teoría del valor representa una parte integrante de su análisis económico y no un instrumento práctico de econometría."⁴ Por lo demás, si debemos entender que la productividad del trabajo es la relación entre el producto social y el número de horas o jornadas de trabajo, tampoco el ingreso nacional es una base adecuada, en todos los casos, para expresar sus variaciones, porque, en períodos largos, como los que analiza Strachey, o cuando la economía registra cambios estructurales de fondo, las variaciones cualitativas son de tal naturaleza, que el producto social medido en unidades monetarias no podría computar, con exactitud, las fluctuaciones en la productividad. Asimismo, el comercio internacional introduce otro factor de error en el cómputo, pues al mejorar o deteriorarse la relación real de intercambio, surge un divorcio entre la productividad económica de los bienes elaborados en el país respecto a su productividad física. En el fondo de esta cuestión, quizás, hay una confusión conceptual entre valor de uso y valor de cambio, puesto que solamente al enfocar el concepto de productividad en función de los primeros es posible apreciar el incremento en la masa de bienes elaborados.

En cuanto a la afirmación de que los esquemas marxistas de reproducción no son capaces de explicar el enriquecimiento, esto es, la acumulación, constituye, para nosotros, una opinión superficial y sorprendente, pero que, por fortuna, la propia argumentación del profesor Strachey sobre la distribución del ingreso se encarga de refutar.

Con fundamento en los argumentos anteriores, Strachey concluye que en la actualidad es poco lo que continúa siendo útil de la teoría del valor-trabajo y que no la ha necesitado en la elaboración de su esquema.

Naturalmente que ésta o cualquiera otra teoría del valor es poco útil si sólo se desea conocer la superficie de los hechos, descuidando por completo la trabazón interna de los fenómenos económicos. En este sentido, el método estadístico sólo podrá explicar eso, la superficie de

⁴ Yanez Stanovnik, *Les Transformations Structurelles du Capitalisme, Questions Actuelles du Socialisme*, marzo-abril, 1957, p. 51.

los hechos; pero nunca, por sí mismo, las causas fundamentales de la dinámica del sistema.

Tampoco se puede admitir totalmente, una vez que se ha leído el trabajo del profesor Strachey, que no haya recurrido a la teoría del valor-trabajo; recuérdese, por ejemplo, su aceptación de la existencia de una propensión o tendencia a la depauperización relativa del trabajador, tendencia que, debe reconocerse, tiene sus raíces en el crecimiento proporcionalmente mayor del capital constante respecto al variable, que Marx puso al descubierto. De manera que la aceptación de ese principio es, en cierta forma, la aceptación de la teoría del valor-trabajo que lleva implícita.

Con base en el análisis de la democracia en los países capitalistas de más alto desarrollo industrial, la teoría de Strachey trata de atribuir un papel importantísimo a las instituciones que la forman —gobierno representativo, derecho de asociación, libertad de palabra, difusión del poder político, etc.—, pues sus efectos, se afirma, constituyen la principal fuerza renovadora de la sociedad capitalista que ha hecho posible, conjuntamente con los adelantos tecnológicos, la elevación en el nivel de vida de los trabajadores, contrarrestar los efectos nocivos de la concentración económica y abrir el camino para que, en un futuro más o menos cercano, se logre el tránsito pacífico al socialismo.

Aun cuando la tesis en cuestión no explique detalladamente cuál es el mecanismo interno que mueve y da cohesión a las fuerzas democráticas, convenimos en aceptarla en el sentido de que hay necesidad de luchar: *a)* por la limitación de los efectos que produce el creciente poder económico de los oligopolios y *b)* por la difusión del ejercicio efectivo de los derechos y el poder políticos, si se desea avanzar pacíficamente hacia el socialismo. Sin embargo, en el enfoque de algunos problemas y en la formulación de la política a seguir, vale hacer distinciones que nos parecen importantes.

El profesor Strachey sostiene que antes de la constitución de las democracias contemporáneas no se había utilizado el mecanismo gubernamental para cambiar las bases mismas de la sociedad; hoy la lucha política ya propiamente no se da entre dos facciones de la misma clase social, sino más bien —y el partido laborista es una muestra—, entre capitalistas y trabajadores. Aun en países donde no hay partido representativo de la clase obrera, la lucha por obtener la votación de estos sectores ha obligado a los grupos políticos en pugna a realizar concesiones y otorgar nuevos privilegios.

No es posible aceptar plenamente esa proposición, pues si bien es cierto que la fuerza política de las instituciones democráticas ha crecido, no por ello ha cambiado cualitativamente la naturaleza del estado.

Además, la intervención estatal en la economía está muy lejos de haber organizado una lucha seria contra los monopolios; por el contrario, muchas de las medidas adoptadas claramente los favorecen (piénsese, por ejemplo, en los contratos de compra que celebran continuamente los gobiernos con las grandes empresas). En consecuencia, es necesario concluir que una buena parte de las ventajas obtenidas por las grandes masas de la población —como la política de empleo pleno y los seguros sociales—, se han logrado a través de concesiones del sector patronal para sostener el funcionamiento efectivo del engranaje económico, y no gracias a presiones puramente democráticas.

Desde otro punto de vista, Strachey, haciendo suya la concepción fabiana de los partidos políticos, pretende que la oposición política no debe ser total (en el sentido de que el partido en el poder no debe poner en práctica medidas que perjudiquen definitivamente a sus opositores) y que los partidos derrotados en las elecciones deben acatar las disposiciones del gobierno en turno sin rebeldías peligrosas para la estabilidad del régimen.

En realidad, ese punto de vista, dados los elementos conceptuales marxistas en juego, simplemente haría imposible el tránsito gradual al socialismo por cuanto impediría la colectivización de los medios de producción.

Finalmente, cabe señalar que en la argumentación anotada, Strachey descuida dos factores importantes tanto para explicar las fluctuaciones económicas como para estructurar una teoría del cambio social: la situación y política internacionales y los factores internos que norman el desarrollo del sistema. Por lo cual, resulta difícil aceptar la suposición de que las fuerzas democráticas pueden lograr —mediante la presión democrática orientada racionalmente hacia la aplicación de ciertas medidas de política económica inspiradas en Keynes—, la eliminación de la inestabilidad por el camino de suprimir el motivo ganancia de la inversión, mientras subsista la actual organización del aparato productivo.